

LIBRO DÉCIMOQUINTO

ANTES DE LA GUERRA

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—El incidente del 1.º de enero: el emperador y el Sr. de Hubner: este incidente ¿fué premeditado?—Viva impresión pública: nota del *Monitor* (7 de enero): de cómo se ponen en claro los propósitos del emperador.—Discurso de Víctor Manuel en el Parlamento sardo (10 de enero): el *Grito di dolore*.—Anuncio del matrimonio del príncipe Napoleón: incidentes diversos que aumentan la inquietud.—El folleto *Napoleón III é Italia*.
- II.—La diplomacia: cómo y por qué motivo Inglaterra resulta naturalmente potencia mediadora.—Sus esfuerzos en París: lord Cowley, Walewski, el emperador.—Sus esfuerzos en Turín y disposiciones de Cavour.—Sus esfuerzos en Viena y sentimientos del Sr. de Buol.—De cómo Inglaterra procura que se le asocien Rusia y Prusia; de qué manera fracasa en San Petersburgo y consigue su objeto en Berlín.—Emoción en Alemania.
- III.—Apertura del Cuerpo legislativo: sentimientos de los diputados.—Discurso del emperador (7 de enero): ¿es la paz?, ¿es la guerra? Vivo movimiento pacífico: votos por una política francesa y no italiana.
- IV.—Nuevos esfuerzos de Inglaterra: lord Cowley y Walewski.—La *Misión Cowley* en Viena: dificultad particular de esta misión. La opinión pública y el gobierno en Austria.—Lord Cowley y el Sr. de Buol.—Algunos síntomas de paz: nota del *Monitor* del 5 de marzo.—Regreso de lord Cowley.
- V.—Cavour y sus manejos: memorándum del 1.º de marzo: lenguaje de la prensa y de la diplomacia: preparativos de guerra: unión de todos los partidos: concentración de tropas.—Busca de un pretexto para la guerra.—Intrigas en la Italia central: redobla la actividad en la *Sociedad nacional*: manifestaciones diversas.—De cómo Cavour procura inutilizar los esfuerzos de los partidarios de la paz: llamamiento de los contingentes sardos (8 de marzo de 1859).
- VI.—Política de paz y política de guerra: ¿cuál triunfará?—Lord Cowley en París: de cómo se le recibe: proposición de un *Congreso*: verdadero sentido de esta proposición, y cuáles parece que fueron en aquel momento de la crisis los pensamientos del emperador.—Adhesión de Inglaterra; de la Prusia; el Austria, sus sentimientos y sus miras: de cómo el *Monitor* anuncia su aceptación.
- VII.—Cavour: sus inquietudes acerca del Congreso.—Su viaje á París: intrigas y manejos diversos: entrevistas con el emperador y con Walewski: carta á Napoleón III: regreso de Cavour á Turín.
- VIII.—De cómo el viaje de Cavour ha fortalecido al partido de la guerra: el desarme de la Cerdeña: de cómo Francia parece esclava del Piamonte: lenguaje cada vez menos escuchado de la diplomacia inglesa en París y en Turín: de cómo hasta en Viena gana terreno el partido de la guerra.
- IX.—Idea de un *desarme general*: de las diversas fluctuaciones de la política francesa, y de cómo estas fluctuaciones desconciertan todos los cálculos: supremo esfuerzo del partido de la paz: Walewski y el embajador sardo.—De cómo la corte de las Tullerías se decide á invitar á Cerdeña que desarme: cólera y consternación de Cavour: de cómo éste se adhiere al desarme general.
- X.—El Austria: de cómo el gobierno austriaco asume la responsabilidad de la provocación.—El *ultimátum*: reprobación general: supremos esfuerzos de Inglaterra: inflexibilidad de las resoluciones austriacas.—El *ultimátum* es llevado á Turín (23 de abril).—Contestación de Cavour (26 de abril).
- XI.—De cómo al Piamonte le es asegurado el concurso de Francia: declaraciones del *Monitor*.—Impresión pública y partida de los primeros regimientos.—Reunión del Cuerpo legislativo: temores reales y aprobación aparente: Walewski: Morny.—Debate público: Anatolio Lemercier: el Sr. de La Tour: el general Lebretón: discurso muy animado de Plichón.—Los austriacos pasan el Tesino.—Manifiesto anunciando el estado de guerra: partida del emperador y manifestaciones que lo acompañan á su salida.

I

El día 1.º de enero de 1859, habiendo el Cuerpo diplomático ido á las Tullerías á ofrecer sus respetos al monarca, Napoleón III dirigió, según costumbre, á cada uno de los embajadores algunas palabras de cortesía; volviéndose luego hacia el ministro de Austria, señor de Hubner, le interpelló en estos términos: «Siento que nuestras relaciones con vuestro gobierno no sean tan buenas como antes; pero os ruego digáis al emperador que mis sentimientos personales no han cambiado.»

Nada autoriza á afirmar que la escena fuese premeditada. El tono, el gesto, la actitud del monarca, parecieron señalar más bien una impresión de tristeza que el propósito de provocar un escándalo. El día siguiente,

en la recepción de la emperatriz, los soberanos tuvieron particulares atenciones con el Sr. de Hubner, como para atenuar y borrar los desagradables recuerdos de la víspera. En sus conversaciones con los embajadores extranjeros, Walewski procuró reducir á las proporciones de un incidente insignificante las palabras inoportunas del emperador (1). Después de todo, Napoleón III, para terminar sus preparativos, tenía interés en retener los acontecimientos, en vez de precipitarlos. Al mismo tiempo, el emperador no cesaba de recomendar la prudencia á Cavour (2), y, ¡cosa extraña!, precisamente para

(1) Lord Cowley á lord Malmesbury, 7 de enero de 1859 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, pág. 1).

(2) Véase *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, página 3.

obrar de conformidad con esos consejos, Víctor Manuel, en su discurso de año nuevo, procuró evitar toda expresión que despertase á la opinión pública aún dormida.

Una vez pronunciada, la frase de Napoleón III corrió de boca en boca, sin que fuese posible recogerla, atenuarla ni desmentirla. Las circunstancias acentuaron el lenguaje imperial. Todo lo que hasta entonces había sido más bien presentido que conocido, todo lo que se había tratado de desechar como inverosímil ó de negar como imposible, todo se vió súbitamente muy claro. Se alarmó la Bolsa, disminuyeron las transacciones, limitóse el crédito; y cuando en 7 de enero una nota del *Monitor* vino á afirmar que «nada había en las relaciones diplomáticas que justificase los temores,» la declaración pareció tardía, tan tardía que no tranquilizó á nadie por completo.

¿Cómo había de tranquilizarse nadie? Aquel mes de enero fué señalado por una serie de golpes teatrales, tan rápidos y frecuentes que cansaron á la curiosidad pública. Entonces fué cuando el emperador se mostró verdaderamente en su papel, papel de conspirador y de dramaturgo á la vez, igualmente ávido de sombra espesa y de brillante luz, complaciéndose en trazar sus vías oblicuas á través de las tinieblas, para alumbrarlas de pronto con columnas de fuego, llenos de misterios que descubría súbitamente con artificios de maquinista, ocultándose casi tanto de sus amigos como de sus enemigos, deseoso de sorpresas ó deslumbramientos y menos atento á servir que á cautivar á sus súbditos, jugador tan pronto cauteloso como temerario, pero jugador sempiterno, jugador que arriesgaba su pueblo y su persona.

Apenas empezaba á olvidarse el incidente del día de año nuevo, cuando Víctor Manuel reunió en 10 de enero el Parlamento de su país. Las circunstancias imprimían una gravedad particular á las palabras del rey. El discurso de la corona fué comunicado al emperador. Afirmóse que Napoleón III, encontrándolo demasiado belicoso, lo enmendó, pero después de la enmienda resultó más temerario todavía. El día señalado, mucho antes de la hora de la sesión, un gentío febrilmente curioso, compuesto sobre todo de lombardos, parmesanos y modenese, llenaba la plaza del palacio real y las inmediaciones del palacio Madama. En medio de una expectación apasionada, Víctor Manuel tomó la palabra. Los primeros párrafos, consagrados á los presupuestos y á las leyes de fomento, fueron escuchados con calma. Cuando el rey habló de la guardia nacional y de la necesidad de aumentar su efectivo, oyéronse algunos aplausos, pero pronto reprimidos. El monarca tocó en fin á las preocupaciones que dominaban á todos los ánimos: «El horizonte en medio del cual se alza el año nuevo no se halla perfectamente sereno... Provestos de la experiencia del pasado, marchemos resueltamente al encuentro de las eventualidades de lo porvenir. Este porvenir será próspero, pues nuestra política se apoya en la justicia y en el amor á la libertad y á la patria. Nuestro país, pequeño en territorio, ha aumentado en crédito en los consejos de Europa, porque es grande por las ideas que representa y por las simpatías que inspira...» El final del discurso, alivio hasta el reto y acentuado por redobladas aclamaciones, resonó como un verdadero to-

que de corneta. «Nuestra situación no se halla exenta de peligros, pues si respetamos los tratados, por otra parte no somos insensibles al *grito de dolor* que de tantos puntos de Italia se eleva hacia nosotros. Fuertes por la concordia, fiados en nuestro buen derecho, espere- mos con prudencia y firmeza los decretos de la divina Providencia.» Al regresar el monarca á su palacio, los emigrados, ebrios de gozo, se dispersaron por la ciudad y propalaron por todas partes las palabras del real discurso. Al convertirse oficialmente en campeón de todos los italianos, al declararse dispuesto á escuchar su *grito de dolor*, Víctor Manuel anunciaba la guerra, y la anunciaba tan claramente que parecía imposible que no estallase. Tres días después, como para prolongar la emoción é impedir que se enfriase, Rattazzi, en el acto de inaugurar los trabajos de la Cámara de los diputados, repitió, acentuándolas, las declaraciones del rey.

¿Seguiría Francia al Piamonte en aquella carrera de aventuras? En 13 de enero, el *Monitor* publicó una nota concebida en estos términos: «El príncipe Napoleón ha salido esta tarde para Turín. La ausencia de Su Alteza Imperial será corta.» El objeto del viaje, aunque no divulgado oficialmente, no fué dudoso para nadie. *La Independencia belga* había anunciado ya los esponsales del príncipe con la princesa Clotilde, hija de Víctor Manuel, y *La Patrie*, periódico oficioso, había reproducido aquel rumor sin ser desmentido. En los días siguientes, los periódicos informaron al público que el príncipe Napoleón, durante su estancia en Turín, visitaba los arsenales, asistía á revistas, mostraba, en una palabra, por las cosas de la guerra un celo que no le era habitual. Súpose además que el principal personaje de su séquito era el general Niel, militar de una experiencia consumada y muy apreciado del emperador. El general Niel tuvo varias entrevistas con el general La Marmora y practicó con él un reconocimiento hasta las márgenes del Dora Baltea. No era difícil adivinar el objeto de la excursión para quien sabia que dicho río era la única defensa que, en caso de invasión austriaca, podía resguardar á la ciudad de Turín. En 24 de enero, el *Monitor* anunció, en forma oficial, la noticia ya conocida del matrimonio. Cierto es que trató de atenuar el alcance político del acontecimiento, afirmando que las primeras negociaciones databan de más de un año y que la temprana edad de la princesa era lo único que había retrasado la decisión definitiva. Lo que la gaceta oficial relegaba á la sombra, Víctor Manuel procuraba ponerlo de relieve, y, al recibir el mensaje de la Cámara de los diputados, proclamó en voz alta que el enlace proyectado sería precioso para las eventualidades futuras. Pareció tan precioso que no se perdonó medio de activarlo. El matrimonio, anunciado el 24, se celebró el 30. Al día siguiente, Víctor Manuel acompañó á los nuevos esposos hasta Génova, donde pronunció un discurso belicoso. En 1.º de febrero, el príncipe y la princesa se embarcaron para Marsella, y el 3 llegaron á París.

El rey sardo regresó á su capital para dar su adhesión á un proyecto de empréstito de 50 millones que le fué presentado por su ministro de Hacienda, Sr. Lanza. Era un verdadero empréstito de guerra cuyo objeto nadie trató de disimular. El Sr. Lanza, en su preámbulo, justificó aquel nuevo llamamiento al crédito apoyándose

en los armamentos del Austria. Había que continuar los preparativos de defensa empezados, contestar á demostraciones hostiles, atender en breve plazo á la seguridad de las fronteras y al honor nacional. El ministro terminó con un caluroso llamamiento al patriotismo de la Cámara: «Ya sabéis, dijo, que en la vida de los pueblos hay momentos supremos en que el sacrificio es un deber sagrado, una inexorable necesidad.»

Aturdido por tantos acontecimientos, empujado hacia ignorados destinos sin tiempo para respirar, el público procuraba en vano descubrir el verdadero pensamiento del emperador. En 4 de febrero publicóse un folleto al cual se atribuyó en seguida un alto origen y que se titulaba *El emperador Napoleón III y la Italia*. El escrito fué leído, comentado é interpretado con ansioso interés. Anunciaba no la guerra, sino aspiraciones nuevas que, á través de vías confusas, conducirían fatalmente á ella. Los gobiernos italianos nunca habían sido juzgados con más rigor: el duque de Módena era «el teniente declarado de Austria;» la duquesa de Parma, á pesar de algunas veleidades de independencia, «estaba ligada al gabinete de Viena por medio de tratados anteriores.» «Entre el gran duque de Toscana y su pueblo se alzaban las bayonetas austriacas.» El rey de Nápoles, rebelde á todo consejo, «se había aislado no solamente de los demás Estados europeos, sino que también del resto de la península.» En cuanto al papa, se afectaba respetarlo mucho, pero se deseaba que se reformase, y no se dejaba de insinuar que la dificultad de las reformas no permitía esperarlas. Esas críticas generales no servían más que para poner mejor de manifiesto la sensatez del Piamonte, al cual había que sostener á toda costa, y los vicios del régimen austriaco, que no podía tolerarse. Lo más alarmante era la *teoría de las nacionalidades*, teoría altamente confesada y puesta bajo el patronato del jefe de la dinastía napoleónica. El autor del folleto recordaba estas palabras de Napoleón I á los delegados lombardos que le llevaban la corona de Italia: «He tenido siempre la intención de crear libre é independiente la nacionalidad italiana.» Luego reproducía con marcada intención el pasaje de las *Memorias de Santa Elena* en que el emperador hace votos por «la centralización de todos los pueblos geográficos que la revolución ó la política disolvieron ó dividieron.» «El emperador Napoleón I, añadía el publicista anónimo, creyó que había de conquistar á los pueblos para libertarlos: Napoleón III quiere libertarlos sin conquistarlos.» La conclusión era el deseo de una Italia, no una, sino confederada y, sobre todo, libre del extranjero.

Hoy se conoce la historia de aquel famoso folleto. En agosto de 1858, Napoleón III trazó el plan de la obra. El Sr. Rendú, católico muy sincero, pero amigo de varios liberales italianos, proporcionó los principales elementos de la misma. Su redacción fué confiada á Arturo de la Guéronnière, escritor elegante, muy apto para asimilarse prontamente las teorías ajenas y para esas generalizaciones brillantes y vagas que, sin precisar nada, parecen prometerlo todo y toman aires de profunidad y de predicción. El folleto permaneció largo tiempo en cartera, tanto que los mismos que habían contribuido á su elaboración lo creían olvidado. A últimos de enero, el emperador llamó al Sr. de la Guéronnière, volvió á leer el trabajo, acentuó ó suavizó ciertos ma-

tices y hasta revisó las pruebas. El 3 de febrero anunció á sus ministros, sorprendidos y desconcertados, la aparición de un escrito que reflejaría sus pensamientos sobre la cuestión italiana (1). Pocas horas después, el folleto se hallaba en los escaparates de todas las librerías. ¿Qué formulaba? Nada más que deseos, votos en que la verdad y el error se entrelazaban de tal modo que no era posible separar una de otro. Pero ¡cuál no era la espantosa gravedad de aquellos votos cuando el que los formulaba disponía de cuatrocientos mil hombres y de un poder absoluto para moverlos! Así pensaron en Francia los hombres más inteligentes, que no contuvieron ya sus inquietudes. Así pensaron igualmente los italianos más notables, que desde aquel momento tuvieron por segura una próxima asistencia y no cuidaron ya de ocultar su alegría. De Florencia, el ilustre Capponi escribió á sus amigos de París: «¡Cómo no ocuparse de la publicación que ha hecho tanto ruido y que habla de Italia como jamás se había hablado de ella en el extranjero (2)!» En Italia, desde el liberal marqués Capponi hasta los revolucionarios más osados tenían motivo para alegrarse. La política del emperador era funesta, pero únicamente lo era para Francia.

II

En el extranjero se había seguido con una mezcla de estupor y de ansiedad las rápidas peripecias de la crisis. ¿Iba el mundo á ser precipitado en la guerra, sin violación de la fe jurada, sin ofensa nacional, sin lesión profunda de los intereses, en una palabra, sin ninguna de las causas ordinarias que provocan los conflictos? Si aún existía una Europa, una Europa que en algo tuviese á los tratados, guardiana de la tranquilidad pública, á ella le tocaba levantar la voz para imponer silencio á las ambiciones piamontesas, para iluminar á Francia sobre sus complacencias ciegas, para inspirar á Austria una prudencia mezclada de concesiones, que hubiera desarmado á los cargos legítimos y devuelto la paz á Italia misma.

En el estado de las relaciones internacionales, esa intervención colectiva no parecía fácil. Rusia, al parecer, se hallaba ligada con Francia y resuelta, no á mezclarse en la lucha, sino á dejar que se desarrollase. Prusia ocupaba una posición aislada, tenía menos autoridad que poder efectivo, y se mostraba más atenta á la busca de sus ventajas particulares que á la política general. Inglaterra era la única que estaba libre de todo compromiso, tenía bastante influencia para hacerse escuchar y había de recoger, por la fuerza misma de las cosas, la misión de apaciguar la querrela naciente.

Inglaterra se apresuró á aprovechar la ocasión de desempeñar ese mandato. Nada podía serle más importuno ni más perjudicial que un acuerdo íntimo entre Francia y Rusia. No se figuraba que el emperador de los franceses fuese desinteresado, sino que tenía la convicción de que éste sacaría gran provecho de una guerra

(1) Véase la carta de Eugenio Rendú á Luis Chiala, diputado en el Parlamento italiano, 25 de agosto de 1883 (*Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, pág. 385, Apéndice).

(2) Carta del marqués Gino Capponi al Sr. Rendú, 1.º de marzo de 1859 (*Lettere di Gino Capponi e di altri a lui*, tomo III, página 243).

allende los Alpes. Hacía dos años que Inglaterra se había apartado mucho de Italia, y en 1858, el advenimiento de un ministerio Tory había marcado aún más aquel apartamiento. Su principal aliada era Austria y no quería dejarle perder su posición preponderante en el centro de Europa. Resultaba, pues, que al trabajar para el mantenimiento de la paz, el gabinete de Londres no sólo defendía el derecho de los tratados, sino que servía también sus propios intereses.

entrevistas de Compiègne entre Napoleón III y lord Clarendon, y á la solicitud del emperador por la suerte de Italia. En este orden de ideas, procuraba disipar ilusiones que juzgaba peligrosas. Modificar el estado territorial de la Península, sería destruir los tratados de 1815, fundamento de tan larga paz. De la guerra podía resultar un cambio de dominación, pero no la independencia ni la libertad. Que Francia reclamase reformas interiores en los gobiernos italianos, é Inglaterra se uniría



Lord Cowley

El 10 de enero, en un grave despacho, lord Malmesbury, jefe del *Foreign Office*, comunicó á París sus avisos llenos de tristeza. Recordaba las pacíficas seguridades dadas por Luis Napoleón en 1852. Esperaba que el enfriamiento de relaciones entre el gobierno de las Tullerías y el de Viena no obedecía más que á un mal humor pasajero, pues los dos países no se hallaban separados por ninguna reivindicación territorial, ni por ninguna divergencia comercial ó económica, ni por ninguna cuestión de honor. Si había causa de conflicto, residiría únicamente en las ambiciones de un Estado secundario, empeñado en empujar á dos grandes potencias una contra otra á fin de crecer en medio de los disturbios. Malmesbury añadía que se anduviese con cuidado, porque la guerra, en caso de estallar, no sería corta ni decisiva, que costaría á Francia muchos hombres y mucho dinero, que, por añadidura, degeneraría pronto en una guerra de partidos, y que devolvería fuerza y esperanza al partido revolucionario abatido. Lord Malmesbury hacía alusión á las últimas

á ella, y quizá también el Austria. Toda otra actitud estaría llena de peligros (1).

El 10 de enero, lord Cowley, embajador de Inglaterra, fué al ministerio de Negocios extranjeros para comunicar este despacho á Walewski. Este escuchó la lectura del documento, pesó sus términos, se hizo leer por segunda vez algunos de sus pasajes y le dió en general una calurosa aprobación. Protestó que Francia no tomaría las armas si no la provocaban á ello, y añadió que el principal peligro era una imprudencia posible de Austria. Si, contra todas las apariencias, Francia se decidiese á la guerra, sería no para quebrantar los tratados, sino para defenderlos. Tales son, concluyó diciendo Walewski, las intenciones del emperador (2).

Lord Cowley, que merced á una larga residencia en París se había familiarizado con los usos del poder per-

(1) Lord Malmesbury á lord Cowley, 10 de enero (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 4-6).

(2) Lord Cowley á lord Malmesbury, 14 de enero de 1859 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, pág. 12).